

CAPÍTULO III

PRIMEROS HABITANTES DE LA COLONIA

Antes que la Colonia Rafaela y su Pueblo tomaran contextura legal, un grupo de jóvenes italianos llegó a estos lugares, después de haber recorrido zonas de la provincia de Santa Fe.

Llegaron al país, espontáneamente, sin mediación de empresas ni respondiendo a ningún llamado, sólo por propia voluntad. La juventud y el deseo de tener una posición económica los impulsaba pero éstas eran causas que no se esgrimían como principales. La aventura parecía ser el móvil inmediato.

Partieron de Moretta, aldea del Piamonte en Italia, en 1870. Contaban con 20, 21 ó 22 años, algunos y todos llevaban el mismo apellido: Podio.

Uno de ellos, Antonio Podio, que vivió 86 años, recordó siempre la escueta como significativa afirmación: "Estos terrenos son buenos. Vamos a acampar aquí".

Se refería al sector que hoy se puede localizar a escasos dos kilómetros de la plaza central de Rafaela, hacia el suroeste de la misma.

Construyeron un rancho para defenderse todos juntos. Algunos eran solteros y otros traían sus mujeres. Los hermanos Podio cercaron con espinillos el predio elegido, durmieron entre la paja brava, siempre atentos a lo que podría pasar si algún salvaje se acercaba.

Con las versiones recogidas en Italia, estaban prevenidos y las armas que traieran de su país de origen, las emplearon en alguna ocasión cuando el indio se acercaba a caballo, gri-

tando. Este huía al oír el disparo de armas, por lo que con una firme vigilancia, las cuatro familias Podio, estuvieron a cubierto del ataque del salvaje.

No se puede afirmar cuanto tiempo vivieron así pero que los primeros días fueron de lucha y sacrificio, és innegable. Aún hoy, a casi cien años de aquella aventura, puede verse una puerta, la de la primera vivienda, con el rústico agujero por donde pasaba el caño del arma, que al disparar ahuyentaba al malón.

La tradición afirma que pasó por el lugar Guillermo Lehmann y les ofreció en venta los terrenos libremente ocupados. Se dice, entonces, que los Podio, conocieron al colonizador y se dispusieron a trabajar para poder aceptar la propuesta de Lehmann.

Antonio Podio comenzó a fabricar ladrillos y en ese lugar se quedó, intensificando la producción, sembrando trigo y cosechando como en Italia, con la hoz.

En un carro, sin resortes, llevaba sus cosechas hasta Santa Fe.

Con el producto de su trabajo pudo comprar y pagar cuatro concesiones. Son las que en el plano de Rafaela Colonia, corresponden a los números 277, 293, 309, 325, éstas enteras y mitades de los números 278, 294, 310 y 326. El Boleto de compra-venta lo firmó el 20 de abril de 1884 y el valor de la compra ascendió a \$ 1.500. El Boleto lleva el N° 603.

José Podio también pudo comprar 8 concesiones, según el Boleto N° 76 del 20 de diciembre de 1881 y dos concesiones más, de acuerdo al testimonio del Boleto N° 2328.

Quien más compró fue Bartolomé Podio. El Boleto N° 70 informa de las 24 concesiones que adquirió a Guillermo Lehmann en \$ 6.000, operación legalizada el 11 de diciembre de 1881.

Con el transcurrir del tiempo, las viviendas se hicieron más cómodas y si bien ya la lucha contra el indio no existía, el gaucho malo o mestizo provocaba temores y obligaba a una guardia sostenida.

Los gauchos alzados como se les llamaba eran terribles, robaban y mataban, especialmente animales. Las pocas alha-

jas que poseían las mujeres, traídas de Italia y el escaso dinero que podían reunir con gran esfuerzo y sacrificio, no podían guardarse en el interior de los ranchos. Era costumbre ocultar esos valores en una caja, que enterraban al pie de un árbol señalado.

La hija política de Antonio Podio, Josefina Peretti de Podio, supo de esos temores y de esos riesgos. Ella misma pudo observar, en Bigand, las cuevas de los indios, bajo grandes montículos de tierra y supo de las tropellías que cometían a muchas leguas a la redonda, quemando ranchos con flechas encendidas, robando caballos y bueyes y atentando contra la vida de los colonos.

Se sabe por el relato de los descendientes de Antonio Podio que éste sabía leer y escribir. Frecuentemente se comunicaba con sus parientes y amigos de Moretta, expresándoles que "se vive mejor que en Italia. Se pelea con los indios pero se come en abundancia".⁽¹⁾

En la historia de Rafaela ha quedado el nombre de Antonio Podio, por haber vivido con honestidad, en medio del trabajo rudo y luchas efectivas, en la tierra virgen de "churquis" y espinillos, llevando adelante el propósito de vencer y ser alguien en la llanura argentina desolada.

Una de sus nietas⁽²⁾ recuerda que "a los 83 años conservaba aún plena lucidez y le gustaba relatar la gran aventura de su vida: la colonización en esta hoy floreciente ciudad. Sus ojos celestes, muy claros, muy dulces, empañados por la emoción del recuerdo iban reflejando imágenes de su vida. Tremenda vida de trabajo sin descanso, sin placeres, sin recursos, carente de comodidades, de asistencia médica y de elementales condiciones sanitarias. Así enfrentaron la epidemia del cólera. La gente moría en forma alarmante; no había donde enterrar a las personas. Fue entonces cuando surgió de su generoso espíritu el gesto de donar una fracción de terreno de su propiedad, que aún pagaba con sudor y sangre, para que se destinara a cementerio. Así fue siempre Anto-

(1) Este y los demás datos fueron proporcionados por la Sra. Josefina P. de Podio.

(2) Lidia Podio de Villalonga.

nio Podio, a quien denominaban "Chacra", generoso, bueno, luchador incansable, humilde, con esa humildad propia de los que son ricos en el corazón".

*

La amistad que surgió entre Guillermo Lehmann y Bartolomé Podio, determinó que éste orientara su vida hacia otro destino, muy distinto al de Antonio Podio.

En lugar de dedicarse al trabajo directo en la nueva tierra, le interesó más la actividad de la colonización, tal como en gran escala lo estaba realizando Lehmann con su Empresa. Se recuerda que él llegó primero al país y fue quien hizo venir a los hermanos.

Llama, pues, la atención que en el archivo de Boletas de Compra-Venta de la Empresa Colonizadora de Guillermo Lehmann, sea Bartolomé Podio el que más concesiones compra en una sola operación. Mencionamos ya el Boleto N° 70 por el que adquiere 24 concesiones en \$ 6.000, en 1881; a ése sucede otro que lleva el número 22 y que legaliza la compra de otras 16 concesiones en \$ 4.000 bolivianos y luego, otro con el N° 303 que asevera que "Bartolomé Podio, casado, procedente de Franck, compra a Guillermo Lehmann los dos solares II y IV de la Manzana N° 1, del Plano General de la Colonia Rafaela (Pueblo), en \$ 200". Esta operación se firma el 16 de noviembre de 1883. Un año más tarde compra 12 concesiones en Egusquiza.

Con estas tierras y otras muchas más que iba adquiriendo y vendiendo extendió sus actividades agrícolas ganaderas hasta la provincia de Córdoba.

Coloniza, llevando el progreso hasta muy lejos, logrando formar la Colonia Freire, de la que Guillermo Lehmann lo nombra administrador.

Llegó a poseer gran cantidad de tierra y en la Colonia Rafaela fue dueño de lo que hasta hace unos años se denominó Barrio Recreo, sector que él contribuyó a formar y en el que donó terrenos para entidades públicas y particulares.

Si Antonio Podio donó el terreno que se destinó al cementerio de Rafaela, Bartolomé hizo lo propio donde cobró vida un floreciente barrio, en el que se afincó gente sencilla y trabajadora.

Su nieta, Blanca Podio de Germano, transmite la estampa de su recuerdo que ha quedado indeleble en el grupo familiar: "Don Bartolomé, alto, recio, con una preparación que le permitía considerarse instruido, de mucho carácter y dones de mando. Pulcro en su persona. Su atuendo habitual era: galera, saco, tricota o camisa, bastón; y hacían de él una figura elegante, distinguida.

Sus hijos fueron todos argentinos y quizás su error consistió en no hacerlos labradores. Los educó en la Academia Británica de Rosario y en otros internados considerados los mejores de la época.

Bartolomé Podio soñó con grandes empresas de colonización pero no contó con la adhesión de sus hijos. Bartolo, el que había quedado a su lado, no supo cuidar el patrimonio del padre y dilapidó todos sus bienes.

La fortuna no quedó en sus manos y siendo ya anciano, su hijo Juan Bautista le brindó su hogar donde murió reconfortado por el afecto de sus descendientes pero sin ninguna de las tantas propiedades que habían sido suyas en la época más floreciente de su vida".

Bartolomé Podio tuvo destacada actuación en los comienzos de la Colonia Rafaela. Su firma quedó estampada en muchísimos documentos de la Empresa Colonizadora, donde era necesario el testimonio de personas de prestigio para la validez de los convenios o la comprobación de situaciones dudosas.

"En la Colonia Rafaela, a los diez y nueve días del mes de junio de mil ochocientos ochenta y cinco, ante mí, Juez de Paz infrascripto"... reza un acta que se ha conservado hasta nuestros días, "comparecieron los señores Don Bartolomé Podio y Don Jorge Bessone, mayores de edad, vecinos el primero de ésta y el segundo de la Colonia Aurelia; declaró el primero, Don Bartolomé Podio que habiendo recibido por el señor Bessone la cantidad de quinientos pesos bolivianos, a cuenta de

una fracción de concesiones que le había vendido en esta Colonia y cuya venta no habiendo sido efectuada, el Sr. B. Podio devuelve al dicho Bessone, dicha cantidad de dinero recibido en dos documentos a satisfacción del Sr. Bessone."

Este testimonio de su corrección, como otros tantos que se han conservado, agrega una nota meritoria a su semblanza de hombre probo, íntegro, de empuje empresario, instruido y responsable, lo cual hace pensar en la buena base humana para la comunidad rafaelinea.

*

La gran miseria que existía en Italia provocó el éxodo de muchos jóvenes, especialmente de la parte norte de ese país, los que querían trabajar tranquilos, con rendimiento positivo.

Pietro y Biaggio Olivero —Pedro y Blas—, fueron dos de ellos que en 1879 abandonaron su suelo natal y se lanzaron a la conquista de tierras nuevas.

Después de sesenta días de viaje, en un buque de vela, llegaron al país y la Dirección Nacional de Migraciones les orientó hacia Esperanza.

En un molino de la primera colonia agrícola organizada —Molino Piquet— los jóvenes Olivero trabajaron durante dos años, buscando siempre mejorar su situación económica antes de formar el hogar en el país elegido. Llegaron solteros de Italia, con 26 años Pedro y 22 Blas. Sólo anhelaban progresar y gozar de la gran fortuna de la compensación del trabajo en el campo.

En Esperanza supieron de la posibilidad que ofrecía la importante Empresa Colonizadora de Guillermo Lehmann; ser propietarios de tierras en cantidades insospechadas. Juntos adquieren primero 4 concesiones de 20 cuadras cada una en la Colonia Rafaela, por \$ 1.000 y que llevan los números 213, 214, 229 y 230.

Así lo documenta el Boleto N° 17, firmado el 29 de junio de 1883 y escriturado el 19 de febrero de 1886 ante el escribano Olayo Meyer.

Llegaron a Rafaela en 1881, es decir antes de que las compras de las tierras se hubieran efectivizado.

El hijo de Blas Olivero, Juan Olivero, guarda el recuerdo de la primera impresión que le causara al padre, la visión de la pampa en el lugar donde fue trazada la Colonia Rafaela. Tierra fértil, difícil para arar. La vista podía abarcar grandes extensiones, nada había en derredor. Sólo tierra y cielo.

Esteban Camisazza, Barberis y Orechia, luego Luis Maggi, en el noroeste de la Colonia Rafaela, fueron los buenos vecinos de los hermanos Olivero y de los cuales quedó un excelente recuerdo como gente pacífica y trabajadora.

Los días domingos la familia Olivero en pleno se trasladaba a Pilar para oír misa, ya que aún en la Colonia no se había construido la iglesia ni había servicios religiosos. El viaje era aprovechado para traer harina desde allá, además de otras provisiones indispensables en las alejadas chacras.

A los compradores de varias concesiones Guillermo Lehmann ofrecía como regalo una manzana de terreno en el pueblo que comenzaba a formarse. Los hermanos Olivero no aceptaron el obsequio en razón de que había que abonar \$ 45 para gastos de escribanía y otros menores.

Blas Olivero, hijo de Pedro, también conserva recuerdos transmitidos por sus antepasados. A la imagen de una inmensidad, sin montes, agrega la continua defensa que tuvieron que hacer contra el gauchaje trashumante que les obligaba a mantener guardia permanente en la casa, especialmente por la noche.

Los hermanos Olivero siempre comentaron elogiosamente la acción colonizadora de Lehmann agradeciendo la oportunidad brindada de ser dueños de un pedazo de tierra argentina.

60 ó 70 Has. eran trabajadas con arados primitivos; el esfuerzo fue muy grande; lo mismo que al producirse las primeras cosechas, debían hacer pisar el trigo con los animales y realizar las tareas posteriores utilizando palas rudimentarias, antes de llevar el cereal limpio a Pilar o a Esperanza.

Pedro Olivero casó con Ana Burzio y con ella tuvo cinco

hijos en la Colonia Rafaela. María Operto contrajo matrimonio con Blas Olivero y también ellos disfrutaron de los hijos argentinos. Las mujeres compartieron el sacrificio trabajando fuerte al lado de los hombres que no cejaban en su empeño de progreso.

Por el Boleto N° 69, del 24 de noviembre de 1881, se sabe que Pedro Olivero compra 10 concesiones en \$ 2.500. Más tarde separan sus bienes los hermanos Olivero y esta situación está documentada con la hijuela N° 29, que lleva un sello de la Provincia de Santa Fe, Contaduría General de 1888, papel oficial de un peso moneda nacional. "En la Colonia Rafaela, el 29 de agosto de 1888, ante el escribano Francisco Guissasola Aspe... deseando deshacer tal condómino han acordado lo conveniente respecto de la división, a Blas Olivero, las concesiones del Oeste y a Pedro Olivero, las de la parte Este".

La agricultura continuó siendo la explotación fundamental y con ella Pedro y Blas Olivero, lograron progresar, aunque la sociedad ya no existiera.

*

El Boleto N° 1138, fechado el 1° de enero de 1882 para el cálculo de los intereses y el 26 de noviembre de 1884 para la formalización de la operación de tierras, expresa que Guillermo Lehmann, "empresario de él mismo en sociedad con Sagüier, Egusquiza y Banco de la Provincia de Buenos Aires, vende a Pedro Storero, 6 concesiones de 20 cuadras cada una, que llevan los números 409, 410, 411, 412, 427 y 428, en el Plano General de la Colonia de Rafaela".

El Boleto era una renovación del que lleva el N° 61, Libro "A", del 24 de julio de 1881, en el que consta que la compra se trató por \$ 1.500 bolivianos 21/16 fuertes oro o su equivalente. Desde Pilar, lugar a donde llegó a su arribo de Italia, en 1878, cuando sólo tenía 26 años, comenzó a soñar con las tierras que podría comprarle al gestor de la Empresa de la Colonización en el Oeste Santafesino, Guillermo Leb-

mann. Todavía puede leerse al dorso del Boleto, la anotación: "entregó en Pilar \$ 210,90, en billetes".

Desde Pinerolo, lugar de su nacimiento en 1852, para Pedro Storero la inquietud iba en aumento por conocer tierras de América, de las que se hablaba en Piamonte como liberación a la aplastante miseria que azotaba a Italia. Sabía labrar la tierra y ya en la provincia de Santa Fe, realizó tareas rurales, primero en San Agustín y luego en Santa María del Pilar. Como mediero de José Riviello trabajó intensamente hasta que pudo reunir unos ahorros y comprar las tierras que Guillermo Lehmann ofrecía en la Colonia Rafaela.

En Pilar forma su hogar con Luisa Martino Du Sauce y la familia, que poco a poco se iba integrando, se trasladó a Rafaela, con sus diez hijos. En la tierra propia se dedica a la agricultura de una manera intensiva y provechosa.

Como todos los pobladores de la primera hora, tuvo que trabajar sin desmayos y sostenidamente para ver fructificar la tierra. Las primeras cosechas fueron llevadas en carros, tirados por bueyes, hasta Las Tunas.

La hija, Luisa Storero de Bonetto, recuerda la estampa de su padre, siempre empujando el arado, y evoca la de su madre en múltiples tareas campesinas y en la muy sacrificada tarea doméstica de hacer las compras a caballo, a veces hasta "en pelo", desde Rafaela a Pilar.

Los vecinos de Pedro Storero: Antonio Chiaraviglio, Francisco Beltramino, Gaudencio Mainardi, Nicolás Caciolo, José Buffa y otros, con campos en el mismo sector sur de la Colonia Rafaela, se mantuvieron unidos para vencer las dificultades de la primera época, derivadas de la desolación de la pampa, de los ataques del gauchaje, de las enfermedades y los otros problemas menores subsidiarios del trabajo rural.

Fue meritoria la acción de Pedro Storero dentro de la Colonia y luego en el Pueblo, ya que alentó la marcha de la Sociedad Italiana, brindó apoyo a la comisión de la primera iglesia, más tarde colaboró con la gente que trabajaba en favor del hospital y a ninguna institución de bien que se iba creando negó su ayuda. Si todo esto es digno de mención y

constituye un ejemplo para las generaciones futuras, en su haber figura un suceso de gran importancia y trascendencia como fue el de haber proporcionado una educación completa a sus hijos, especialmente a dos de sus niñas, Luisa e Isabel Storero, quienes integraron el primer grupo de maestras que dio Rafaela a su comunidad.

*

De entre los primeros pobladores de la Colonia Rafaela, la figura de Juan Operto se yergue como otro de los tantos ejemplos de la buena base humana que tuvo Rafaela para levantarse como comunidad de progreso.

También italiano de origen, nacido en Cúneo en 1846, trajo a estas tierras una enorme voluntad de trabajo y un espíritu de empresa encomiable.

Con su hermano, José Operto, llegó a Argentina en 1873 e inmediatamente, ambos, trabajaron en tareas ferroviarias hasta que el campo les atrajo y juntos se iniciaron como "medieros" en San Carlos, la colonia que comenzaba a surgir muy bien organizada. El movimiento colonizador le interesó y quizás con el propósito de ser dueño de sus propias tierras, dejó esa localidad para buscar fortuna en Santo Tomé y desde allí el contacto con la Empresa Colonizadora de Guillermo Lehmann fue provechoso.

En el Plano General de la Colonia Rafaela están ubicadas las primeras concesiones compradas a la Empresa Colonizadora de Guillermo Lehmann. Son 16 las que adquiere y llevan los números 25, 26, 27, 28, 41, 42, 43, 44, 57, 58, 59, 60, 73, 74, 75, 76, más 4 lotes, en la parte norte de la Colonia Rafaela. Paga por esa tierra \$ 4.546 bolivianos 21/16 fuertes oro o su equivalente en pesos oro acuñado. Las tratativas comenzaron antes de su arribo a Rafaela en el año 1881, pues recién el 6 de enero de 1882 firma el Boleto definitivo que lleva el N° 95. Otras compras se suceden en la Colonia y en el Pueblo, donde adquiere la Manzana N° 8, según lo atestigua el Boleto N° 229.

La tierra le atrajo sobremanera y al mismo tiempo que los frutos eran recogidos como compensación a tanto esfuerzo, continuaba comprando tierras a la Empresa de la Colonización ya mencionada. En Lehmann compra otras concesiones y luego más y más. En 1898, Angela de la Casa de Lehmann vende a Juan Operto las concesiones N° 554, 556, 558 y 560 de la localidad, compuesta cada una de 337,480 metros cuadrados, lo que importa un valor de 787,30 oro sellado.

El documento que se conservó aclara que "corresponden en mayor proporción a la sucesión, por compra que Guillermo Lehmann hizo a Saguier, Egusquiza y Quintana".

Juan Operto estaba casado con Margarita Cravero; formó un hogar ejemplar lo mismo que su hermano José, casado con María Tarditti. Los hijos que fueron naciendo en ambos hogares, se asimilaron a la orientación campesina de sus padres y con el andar del tiempo fueron sus mejores aliados en la fecunda tarea de extraer la riqueza de la tierra mediante un trabajo continuado como fervoroso.

La generosidad de los primeros pobladores que tuvo Rafaela, quedó demostrada por los aportes que efectuaban al menor requerimiento, en favor de obras de beneficio común como lo fueron el hospital, la iglesia y la sociedad que nucleaba a todos los italianos. A este respecto existe un documento que firma y sella Rafael Fougere, escribano público, el 1° de mayo de 1909, por el cual "Juan Operto donó a la Sociedad Italiana «Vittorio Emanuele II», de la localidad, el terreno que expresa a continuación: el lote de la Manzana N° 8 de este Pueblo, de 43 metros, 30 centímetros de Este a Oeste, por 21 metros, 13 centímetros, de Sur a Norte".

Dionisio Operto, que permaneció soltero y que llegó de Polonhueva, Provincia de Cúneo (Italia), con sus hermanos Juan y José, vivió con ellos y trabajó con fervor la tierra de las colonias fundadas por Lehmann. Los padres, Juan Operto y María Muratura de Operto, que habían quedado en Italia, inspiraban con su ejemplo ese correcto proceder en la tierra que les había albergado brindándoles pan y futuro.

Nunca olvidaron a su país, Italia, tanto que por el acta N° 86 del 15 de julio de 1904, al hacer testamento Dionisio Operto expresa, entre otras cosas, que desea que se entreguen \$ 400 para limosnas en Italia.

Los descendientes de los primeros pobladores de este apellido, Operto, fueron numerosos, y todos han conservado la devoción por la tierra de sus mayores, respetaron sus orientaciones rurales y acrecentaron con tesón y trabajo los predios heredados en estas fértiles colonias santafesinas.

*

Se leen otros nombres en el Plano General de la Colonia Rafaela. José Buffa fue otro de los primeros. En el Libro I, Boleto N° 66, puede comprobarse que adquirió a Guillermo Lehmann, 12 concesiones, que llevan los números del 361 al 364; del 345 al 348 y del 329 al 332. Pagó por todo \$ 3.000 fuertes bolivianos y como los demás colonos, lo hizo entregando parte de las cosechas y acogiéndose a los plazos por tres períodos que daba la Empresa.

Este documento lleva esta fecha: 18 de setiembre de 1881, por lo que es fácil suponer que por ese momento ya había visitado la Colonia. Quizás los trabajos de instalación definitiva los concretara en 1882, igual que sus vecinos del sector sur de Rafaela, que fueron Chialvo, Lorenzatti y Blangini.

Como los demás, partió de Italia siendo muy joven. Tenía 21 años cuando en Santa María del Pilar empezó a trabajar la tierra en condición de mediero. Su inquietud de progreso lo llevó a intentar fortuna en las tierras nuevas. Siembra, cosecha y transporta, con gran sacrificio, el producto hasta Esperanza y a veces hasta Santa Fe. Sus familiares le evocan con el gesto decidido, la voluntad férrea, el propósito bien definido. Trabajar, perseverar, avanzar. Por el Boleto N° 2.346 adquiere en el Pueblo la quinta N° 23.

Dña Inés Lorenzatti, su esposa, fue su apoyo, su digna colaboradora. Juntos soñaron con un porvenir de abundancia para sus hijos pero no aguardaron la suerte ni se quedaron

en los sueños. La acción firme, unida al trabajo honrado y a la administración correcta, transformó en realidad la ilusión de José Buffa, forjada en Italia antes de partir para América, en 1871.

*

También de Cúneo (Italia) procedía Francisco Lorenzatti y como los otros primeros pobladores que tuvo Rafaela, adquirió experiencia en tierra argentina trasladándose a San Agustín en 1873 y luego a Santa María del Pilar, antes de afincarse en la Colonia donde ya en 1881 había adquirido tierras.

Por el Boleto N° 63, que se conserva, se sabe que el 24 de agosto de 1881, Francisco Lorenzatti compra 6 concesiones de terreno en la Colonia Rafaela y hace constar que son para sus hijos Santiago, Bautista, José y Francisco.

Las primeras concesiones adquiridas son las que se distinguen con los números 374, 375, 376, 390, 391 y 392, habiendo abonado por ellas \$ 1.500.

El 25 de diciembre de 1881, fecha que lleva el Boleto N° 78, compra otras concesiones, las que tienen los Nros. 373, 389 y 405 de la Colonia Rafaela, en \$ 6.000, pero unos meses antes, agrega 11 concesiones más a las primeras. Lo corrobora el Boleto N° 65 del 11 de setiembre de 1881.

Logra poseer mucha tierra en el sector sur de la Colonia Rafaela. Aceptó el ofrecimiento de Guillermo Lehmann y recibió una manzana como obsequio en el Pueblo Rafaela que recién se estaba formando.

En Colonia Iturraspe, en Pilar y en Clucellas también adquirió campos, de modo que la de Francisco Lorenzatti fue toda una vida dedicada al trabajo de la tierra, en los ramos de agricultura y ganadería.

Proporcionó fuentes de trabajo con la extensión de su actividad agropecuaria, por eso su memoria es evocada con gratitud y respeto.

En su vida de relación supo ser solidario con sus semejantes y estuvo presente en cuanta obra de bien común era requerida su adhesión.



En el sector noreste de la Colonia Rafaela y en el Primer Plano General está anotado el nombre de Guillermo Grande, como uno de los compradores iniciales. En el Libro I "A", por el Boleto N° 93 comprobamos que la operación de compraventa de las 8 concesiones fue convenida entre Guillermo Grande y Guillermo Lehmann. Estas llevan los números 61, 62, 63, 64, 77, 78, 79, 80 y fueron adquiridas por la suma de \$ 2.000. El Boleto está fechado el 2 de enero de 1882, lo cual hace suponer que las tratativas se iniciaron meses antes, en Esperanza, sede de la Empresa Colonizadora, a poco de su arribo al país.

Llegó de Italia en 1881, procedente de la Provincia de Cúneo, Comuna de Murello en el buque "Moro América". El pasaporte, que conserva su hijo Antonio, contiene estas referencias: "Antica Casa Speciale Maritima de Eugenio Laurens" Piazza Nunziata N° 41 rimpetto a la Stazione del Tranway Génova. Lleva el N° 442 e ilustra acerca del día que fue extendido —30 de agosto de 1881— y de la fecha en que partió del puerto de Génova: 3 de octubre de 1881. Guillermo Grande, hijo de Juan, tenía 50 años cuando decidió el viaje; su esposa María le acompañaba, contando con 34 años de edad. Con el matrimonio viajaron los hijos Juan, de 15 años; Dominga, de 10; Catalina, de 6; Teresa, de 4 e Inés de 2 ½ años.

La decisión de salir de Italia con su familia, la tomó Guillermo a raíz de las dificultades que existían en su país por las continuas guerras y las disputas de los terrenos. Recuerdan los descendientes de su pena por esa situación pero también de la exigencia de la circunstancia para poder proporcionar bienestar a su familia.

Sus parientes le hicieron llegar la información acerca del movimiento colonizador que tomaba cuerpo en Argentina.

Al llegar se ocupó de los trabajos de la tierra y en una chacra de la Colonia Susana se ubicó como mediero. Allí se oía hablar mucho de las ventas que Guillermo Lehmann estaba efectuando. Antonio Grande, su hijo, nacido en tierra santafesina, en 1886 y registrado en Pilar, cree que Guillermo conoció al Colonizador. Recuerda, a la vez, haber escuchado el comentario que los primeros colonos debían detenerse en Entre Ríos porque en Santa Fe no era suficiente el calado para la navegación. Pero allá no era posible sembrar y por eso se intentaba llegar a tierra santafesina donde la agricultura ofrecía mayores seguridades de rendimiento. Es posible que Guillermo Grande haya recorrido tierra entrerriana, luego algunas localidades de Santa Fe, como Franck y otras, para luego trabajar en Susana, antes de radicarse en Rafaela.

Se recuerda que el patrón facilitó un carro a Guillermo Grande, juntamente con una yunta de bueyes para que el nuevo propietario marcara sus cuadrados de terreno y comenzara a levantar el rancho. Las tierras eran naturalmente ricas; la llanura impresionó al colono, por su extensión, por la unidad de su panorama.

En la familia Grande se tenía el concepto de que la tierra era el negocio más sólido, pese a la exigencia de aumento de capital para la explotación. No fue fácil pagar las concesiones adquiridas y se tardaba mucho en satisfacer el compromiso contraído con Lehmann. Este no apremiaba, según el relato de Antonio Grande pero sus representantes controlaban con severidad. Uno de ellos, Federico Maurer, recorría con un carro las chacras para averiguar el motivo por el cual algunos no pagaban en término.

La tradición oral confirma lo que se lee en los documentos existentes. Fácil era comprar las tierras. Había que concurrir al escritorio de Lehmann, en Esperanza, si no se le hallaba en las colonias. El interés se centraba, en vender grandes cantidades; claro que si luego no se podían pagar, los terrenos eran devueltos o abandonados y de acuerdo a las cláusulas establecidas, esas tierras volvían a ser vendidas. Se recuerda la corrección de Guillermo Lehmann en todas sus actividades de colonizador. En la familia Grande se tienen

buenos recuerdos de su acción, así como de la de sus sucesores.

Regalaba un cuarto de manzana o una manzana entera en el Pueblo Rafaela, según la cantidad de concesiones adquiridas, pero era condición esencial la construcción inmediata de una casa con techos de zinc y ladrillos cocidos.

Don Guillermo Grande no pudo afrontar ese compromiso por no hallarse en condiciones de edificar. Aprovecharon esa ventaja que otorgaba la Empresa Colonizadora de Guillermo Lehmann, los vecinos Lorenzatti, Operto y Ercole, entre otros.

Se recuerda la satisfacción de Guillermo Grande de encontrarse en esta tierra de paz y de trabajo, donde se podía comer bien y beber los buenos vinos de Francia, al tiempo que el bienestar de la familia estaba asegurado. Leía y escribía y para sus hijos pretendía una instrucción mayor; por esa razón tomó los servicios de Juan Gioda, un maestro que en 1882 y 1883, recorría las chacras enseñando las primeras letras.

La familia recibió de Guillermo Grande las mejores nociones de corrección en el proceder. De él heredaron su amor por el campo y sus labores.

Cuando su hijo Antonio llegó a la mocedad y siendo aún soltero, siguió el ejemplo paterno adquiriendo las concesiones 271, 272, 281 y 282, en la Colonia Egusquiza. Lo atestigua el Boleto N° 2.284 que se conserva en los libros de la Empresa Colonizadora.

*

En la parte sureste de Rafaela, Antonio Chiaraviglio tuvo sus predios, en la primera hora de la formación de la Colonia. Por el Boleto de compra-venta de la Empresa Colonizadora de Guillermo Lehmann, que se distingue con el N° 14, se sabe que compró 8 concesiones, desde la N° 397 al 400; desde la 381 a la 384 y mitades de las 413 y 416. Pagó por ellas \$ 2.500 pesos fuertes bolivianos 21/16.

El Boleto fue firmado el 4 de junio de 1883. Pudo pagar las tierras por terceras partes y los intereses comenzaron a

correr a partir del 1º de enero de 1882. Radicado en Santa María había entrado en conversaciones para comprar 10 concesiones en la Colonia Rafaela. El Boleto N° 56 lo confirma y éste fue firmado en Pilar el 10 de abril de 1881. Pagó por estas concesiones \$ 2.500 de igual moneda y con las mismas ventajas en los plazos para el pago.

Se conserva otro Boleto —N° 1981— por el que se atestigua la compra de 10 concesiones en la Colonia Rafaela, en enero de 1882 y por las cuales pagó \$ 1.968,25. Este Boleto fue firmado más tarde, quizás haya sido renovado, como ocurría con frecuencia, ya que la fecha lleva su legalización al 11 de abril de 1885.

De todos modos, Antonio Chiaraviglio, agricultor italiano, que como los demás de los primeros tiempos de Rafaela, puso su esperanza en la riqueza de esta tierra, pudo ver colmadas sus aspiraciones ya que el fruto de sus cosechas fue compensatorio a tantos esfuerzos realizados por él y por toda su familia.

Con su esposa, Rosa Beltramino, llegaron a la República Argentina en el año 1879. El, que al arribar a estas tierras contaba con 25 años de edad, había nacido en Airasca, provincia del Piamonte; ella vio la luz en Pisina, en la misma provincia y el mismo año: 1854.

El pasaporte de Antonio Chiaraviglio llevaba el N° 48.725 y el de ella, el N° 52.349. Estaban casados y sabían leer y escribir. Se detuvieron unos días en Buenos Aires y posteriormente deciden trasladarse más al norte, a Las Tunas, en la provincia de Santa Fe. Mientras se acostumbraban al nuevo país y en posesión del empuje que da la juventud, trabajaron dos años allí hasta que deciden viajar hacia la nueva Colonia: Rafaela.

Tenía instrucción, según se consigna en los documentos consultados y deseaba para su descendencia un acrecentamiento en la preparación intelectual. Pero por sobre todas las cosas, Antonio Chiaraviglio, cuidó que sus hijos mantuvieran el convencimiento de que la tierra, trabajándola, da todo y hace feliz al que la cultiva.

Sus vecinos: Storero, Beltramino, Buffa y Mainardi, lo vieron trabajar sin descanso en el sureste de la Colonia Rafaela.

Estuvo en contacto con Guillermo Lehmann y de él decía a sus descendientes que era un hombre muy bueno, que les había ayudado muchísimo.

Muchos contratiempos tuvieron los esposos Chiaraviglio con los salvajes, y tuvieron que trabajar con la escopeta cruzada en la espalda para estar prevenidos y dispersarlos al primer avance. Trabajaron con alegría, según se sabe por referencia familiar, porque los campos eran muy buenos y rendidores. Su principal explotación fue el trigo, que vendían transportándolo en un carro de cuatro ruedas, en el puerto de Santo Tomé. Una parte lo molían para preparar el pan de cada día, en la propia chacra.

Con otras familias de los alrededores como la de Olivero, Bergandi y Giana, combinaban la forma de traer la mayor cantidad de comestibles desde el lugar donde descargaban el trigo; de ese modo no sufrían tantas privaciones.

Antonio Chiaraviglio, firme en su actitud de lucha pacífica, contribuyó al progreso de la población elegida, tan lejana de la tierra que lo viera nacer.

*

¿Cuántos jóvenes envió Italia a esta parte de la República Argentina donde repuntaba el movimiento colonizador? La cantidad se ignora, pero los nombres han quedado para la historia de Rafaela. El boleto 1105 consigna que Guillermo Lehmann vende a Miguel Armando, José Armando y Felipe Armando, 8 concesiones de terreno en la Colonia Rafaela, sector este. A Antonio Armando, por el Boleto 2312, que lleva fecha del 1° de julio de 1882, vende Guillermo Lehmann las concesiones 189, 190, 205 y 206. Las operaciones debieron originarse algunos meses antes ya que el apellido Armando quedó escrito en el Primer Plano de la Colonia.

A Miguel Armando se le considera el agricultor italiano, procedente de Pinerolo, que tuvo una visión más amplia de

lo que podría rendir el campo de Rafaela, ya que dedicó sus esfuerzos a la ganadería e impulsó la idea de las industrias auxiliares de la chacra. Puede decirse que fue el precursor de la industria lechera, aunque no haya creado el establecimiento específico. Sus hijos y nietos son puntales de la producción ganadera de la zona. Por virtud de la orientación dada por Miguel Armando a la cría de reproductores finos, el nombre de Rafaela tiene justa trascendencia a nivel nacional.

Pedro Ingaramo también adquirió 12 concesiones, según lo atestigua el Boleto N° 709, que lleva la fecha del 26 de diciembre de 1881. Pagó \$ 3.000 pesos bolivianos y sus tierras estaban ubicadas muy cerca del Pueblo, sobre el sector este de la Colonia. Su afán por progresar lo llevó a dedicar por entero sus esfuerzos al cultivo intensivo de la tierra.

Por el Boleto N° 2027, Antonio Destéfani compra 4 concesiones a la Empresa de Guillermo Lehmann. Son las numeradas con las cifras 187, 188, 203 y 204. La operación se formalizó el 22 de junio de 1885, por la suma de \$ 787,30.

Francisco Abelle, que procedía de San Agustín compró para él y sus tres hijos (firma "Abele Francisco e lo tres ico"), Juan, Vicente y Constancio, las concesiones 219, 220, 235 y 236, en la Colonia Rafaela y compuestas por 80 cuadras; el Boleto N° 3, del 1° de febrero de 1883, lo certifica pero al poco tiempo Carlos Bergandi, otro agricultor italiano, vecino de Abelle, le cede a su pedido, las concesiones 218 y 234.

Carlos Bergandi había comprado 5 concesiones a la Empresa Colonizadora de Lehmann el 13 de diciembre de 1881 y aunque trabajaba en parte las tierras adquiridas, como otros colonos, vuelve a su lugar de procedencia por razones que no registra la historia.

Los agricultores italianos pusieron su sello de laboriosidad y de honestidad en la tierra de Rafaela, la hicieron producir y con el ejemplo proclamaron la realidad de una riqueza dormida a la espera del hombre.

A Airasca, un pequeño pueblo del Piamonte, a poca distancia de Turín, en Italia, había llegado la noticia de que se estaban creando Colonias en esta parte de América, y que había mucha tierra para trabajar. Dos familias vivían allí y sus integrantes eran amigos: Mainardi y Beltramino.

Atraídos por la difusión que en ese sentido hacían los organismos dependientes de la Dirección de Migración, en Italia, resolvieron salir del país natal.

Llegaron a la República Argentina en el año 1880 y directamente viajaron hacia Pilar, de la provincia de Santa Fe, donde comenzaron a trabajar como medieros en los campos que poseía la familia Chianalino en esa zona.

Vinieron en busca de mejores horizontes pues, en Italia, la estrechez de medios les impedía progresar. Los animaba el deseo de salir de la pobreza, porque se sentían capaces y fuertes para trabajar. Su decisión fue espontánea, no mediando llamados ni contratos previos.

Trabajando fuerte en la nueva tierra durante dos años, pudieron comprar sus propias concesiones en la Colonia que se estaba formando más al norte, que ya entonces denominaban Rafaela.

En el año 1882 toman posesión de sus propias concesiones, Gaudencio Mainardi y Francisco Beltramino, en el sector sureste de la Colonia, en el límite de otra de las nuevas colonias, llamada Susana.

Se encontraron con una llanura inmensa, de tierra muy fértil, con pastos naturales, muchos pajonales y algunos montes de espinillos. Más al norte y hacia el oeste, montes de algarrobo rompían la monotonía del paisaje. Los descendientes de estas familias recuerdan, por relatos que se fueron transmitiendo, la impresión que les causó tanta tierra llana, completamente despoblada.

No encontraron indios en esta zona, pero de vez en cuando gauchos rebeldes llegaban hasta los caseríos con intenciones de robo. Más al norte, donde están hoy las localidades de Sunchales, Palacios y Monigotés y hacia el oeste, donde ubicamos hoy a Freire, había desplazamientos de aborígenes y pequeñas tribus no organizadas, que en esporádicas correrías

causaban daños a estos colonos que recién comenzaban a establecerse.

Entre las familias de Mainardi y Beltramino no hubo lucha activa contra el gaucho pero sí una vigilancia constante la prevenía. Había que cuidar la casa de noche y de día, pero especialmente de noche, de lo contrario corrían el riesgo de que gauchos o indios sueltos, les quemaran el rancho. Francisco Beltramino y Gaudencio Mainardi se turnaban en la noche, con el arma al hombro, para evitar depredaciones en sus haciendas.

Se dice que durante el día solían arrimarse los gauchos con la excusa de pedir alguna cosa, aunque el objetivo fuera otro: tratar de sacar al dueño fuera del rancho para asaltarlo. En una ocasión llegaron a la vivienda de Gaudencio Mainardi solicitando una vaquillona. Ya prevenido, con el arma lista, no se apartó de la puerta de la casa, respondiendo al requerimiento con una actitud serena.

"Pueden elegir el animal y llevárselo", se recuerda que les dijo. Como la intención era otra, se alejaron, dejando el animal solicitado y no negado.

Hombre fuerte, recio, firme en sus decisiones, Gaudencio Mainardi hacía frente a los inconvenientes y dificultades provocadas por estos personajes tan salvajes como la pampa misma. El y otros colonos, quedaban, a veces, sin equinos, pues durante la noche esa era la tarea de gauchos e indios sueltos: robar caballos.

Gaudencio Mainardi tuvo siempre como vecinos a Francisco Beltramino, a Pedro Storero y a otros, que como Genero y Pagliero, al poco tiempo, partieron para otros lugares. De naturaleza bondadosa, con gran espíritu de sacrificio y extraordinarias condiciones para el trabajo; así fueron los hombres y mujeres que vivieron en los primeros años de Rafaela.

Se dedicaron, al principio en pequeña escala, a la siembra del trigo, que luego cosechaban con la hoz. La trilla se realizaba en los corrales donde los caballos realizaban la tarea pisando el cereal.

El cultivo del lino lo efectuaron tiempo después cuando ya aparecieron las máquinas apropiadas para la faena. Los

trabajos de labranza fueron muy duros en aquellos tiempos; se realizaban con arado de mancera y una yunta de bueyes.

Los hijos de Gaudencio Mainardi, con doce y catorce años, araban en tres jornadas, desde la madrugada hasta medianoche. Los bueyes resistían solamente algunas horas y se rendían por cansancio. Los niños, ya iniciados en el trabajo, interpretaban la consigna: en la tierra está el pan. Era la expresión un simbolismo de la riqueza que sabían iba a proporcionar el cultivo de la tierra.

Pero las ganancias eran exiguas pues el valor del cereal apenas alcanzaba a los 6 pesos la fanega de 150 kilos y había que transportarlo hasta Colastiné, en Santa Fe, empleando seis días de viaje en carros sin resortes.

En los primeros tiempos, Gaudencio Mainardi, comprendía que a pesar de que el cultivo del trigo no ofrecía mayores

beneficios, no había otra explotación más conveniente. Si bien criaban algunos vacunos, la cría en gran escala no se ponía en marcha, ya que no había quien se dedicara al comercio y se hacía casi imposible la venta de los animales.

Los colonos Mainardi y Beltramino no tuvieron contacto directo con Guillermo Lehmann. Sabían por referencias que había puesto en marcha una gran empresa de venta de terrenos y advertían con satisfacción que esa organización permitió la radicación de familias en la zona.

La amistad de las familias Mainardi y Beltramino se afianzó por el interés común hacia la vida en el campo; en Rafaela y transcurrido el tiempo, la unión se hizo más efectiva por el matrimonio de los hijos Antonio y María.

María Beltramino fue la primera niña nacida en la Colonia Rafaela, aunque registrada en Pilar. Su nacimiento se produjo el 17 de abril de 1882, según consta en la partida de nacimiento, registrada en el Libro I de Bautismos, Folio 120, del Archivo Parroquial de Nuestra Señora del Pilar.

Las familias Mainardi y Beltramino, que en un buque de vela habían viajado durante tanto tiempo para ver la pampa santafesina, eran dueños de una parte de ella, gracias a las condiciones que traían: humildad y resistencia. Quisieron que sus hijos tuvieran algo más que un romántico cielo y les

proporcionaron la tierra que todo lo da. Les dieron instrucción y para ello los enviaban a la Cabaña "Celim", de Alfredo Miles, ubicada entre Susana y Rafaela, donde un sacerdote enseñaba a leer y a escribir.

Estudiaban por la noche para no descuidar las tareas del campo y turnándose entre los hermanos, cuando arar la tierra exigía horarios prolongados, pero el saber fue preocupación y meta de sus ansias de progreso.⁽³⁾

La pareja de italianos, formada por Juan Bautista Geuna y Teresa Malano, llegó a Rafaela en 1881, procedente de Pinerolo, provincia de Torino (Italia).

La decisión de dejar Italia la tomó Juan Bautista Geuna, animado por familiares que ya estaban ubicados en Pilar desde 1879. Estos le hacían conocer, mediante frecuentes cartas, detalles interesantes relacionados con la Empresa Colonizadora de Guillermo Lehmann, así como la posibilidad de hacerse dueños de considerables extensiones de tierra, que, con trabajo, podrían resultar una gran riqueza.

Ya en Italia se dedicaba a tareas de labranza; de modo que con su experiencia, el apoyo de su esposa y algún dinero, se lanzó a la conquista de nuevos horizontes en esta parte de América. Vendió todas sus pertenencias: una parcela de tierra, algunos animales y útiles de labranza. Con el producto de esta venta preparó el viaje. Entre maletas, baúles y paquetes, algo traía Juan Bautista Geuna que cuidaba mucho en el lugar donde lo tenía escondido: una bolsita con monedas de oro, capital que le permitiría adquirir las tierras soñadas, al empresario de la colonización.

Se despidieron de Italia, quizás con lágrimas, quizás con canciones. Partieron con el corazón lleno de esperanzas, él, su esposa y sus cinco hijos. Salieron por Francia, embarcándose en el puerto de Marsella, en un vapor llamado "France" y al cabo de un mes de viaje, llegaron a Buenos Aires.

Como feliz coincidencia, el día de su arribo en Buenos Aires se recordaba a San Martín. En la plaza de Mayo mucha

(3) Datos proporcionados por Gaudencio Misnerdi.

gente se hallaba reunida y la familia Geuna miraba con asombro a esta patria nueva que había aprendido a venerar a sus prohombres.

Pronto continuaron viaje hasta Campana. Allí le esperaba la carreta tirada por bueyes que los conduciría hasta Pilar donde los parientes les esperaban.

No fue fácil el trayecto pero el espectáculo de la inmensa pampa reconfortaba el ánimo y daba alas a los sueños. Las huellas eran profundas pero así también la convicción del hombre fuerte que se disponía a luchar en la tierra para hacerle rendir frutos.

Los baúles crujían como la carreta y los petates cambiaban de lugar por el movimiento brusco provocado por los malos caminos. Ruidos y movimientos le mantenían despierto, pero más aún, la ansiedad por ver todo lo nuevo que la pampa argentina ofrecía a sus ojos.

En el largo trayecto pernoctaron en el campo. El cielo era distinto al que veían en el norte de Italia. Los criollos hicieron fuego para iluminar la noche y para calentarse con un mate. La familia Geuna adquiría otra experiencia de las costumbres del nuevo país, pero confundiendo bebida con tabaco. Creyendo que fumaban, aludiendo al mate, dijeron entonces: ¡Qué pipa grande usan aquí los americanos!

En Pilar estuvieron poco, sólo dos meses, pues el propósito inicial debía cumplirse. Había que entrevistar a Guillermo Lehmann, el colonizador de las nuevas tierras de Santa Fe, convenir con él y marchar hacia Rafaela.

En la parte noreste y distante una legua de la plaza, Juan Bautista Geuna compró cuatro concesiones y cumpliendo con las cláusulas de los Boletos de Compra-Venta de la Empresa Colonizadora de Guillermo Lehmann, comenzó a construir la vivienda.

Ubicada la familia comenzó el trabajo intenso: roturar la tierra y sembrar el primer trigo, cuyas semillas traían de Pilar.

Por los relatos de los descendientes de Bautista Geuna, se sabe que el panorama era alentador. Había abundancia de

pasto para los animales; era común encontrar perdices porque las había con generosidad, así como mulitas, peludos y gamos.

Las cosechas eran espléndidas para la época, se segaba el trigo con la hoz y la trilla tenía matices típicos de los primeros tiempos. Se sabe que para trillar contrataban una tropilla de caballos y dentro de un corral la hacían trotar. De ese modo se desprendían los granos de trigo.

En días de viento, con una pala de madera lo echaban al aire y así se separaba la paja. Luego lo vendían con una compensación satisfactoria en relación al esfuerzo realizado.

Bautista Geuna y su familia fueron felices en su nueva tierra.

No habían perdido contacto con Italia. Como sabían leer y escribir mantenían correspondencia con la hija mayor, casada en su país de origen. Todos sus hijos tenían instrucción primaria, menos el menor que por sus escasos años no estaba en edad escolar. A uno de ellos le gustaba mucho la lectura y los momentos disponibles los destinaba a esa disciplina intelectual. (4)

Fueron muy piadosos. Antes de emprender viaje se despidieron del cura del pueblo en Italia expresándole que en el lugar elegido no había iglesia y que no iban a poder oír misa como era su costumbre. El sacerdote italiano les tranquilizó diciéndoles que no se preocuparan; que no olvidaran la doctrina cristiana y que el trabajo también equivalía a un rezo. Trajeron consigo un devocionario, que aún conservan sus descendientes, y todos los domingos, reunidos con sus hijos, leían las oraciones.

Se recuerda que tuvieron palabras de elogio y reconocimiento para Guillermo Lehmann, que fue quien había posibilitado la adquisición de esas concesiones.

Hubo vinculación entre Geuna y Zanetti; éste con su almacén proveía de mercaderías a la familia, la que llegaba en

(4) Se refiere a la madre de Carola Turatti de Busaniche, nieta de J. B. Geuna. Carola Turatti de Busaniche, Elvira Turatti de López y Oreste Angel Turatti, proporcionaron los datos que se consignan.

carro, periódicamente, a hacer sus compras al centro de la Colonia.

Teresa Geuna, más tarde señora de Turatti, era apenas una niña de doce años cuando llegó con sus padres a esta parte del país. Recordó siempre que para no desorientarse en la inmensidad de esta llanura, su padre colocaba sobre una larga caña, un trozo de género a manera de bandera. De este modo no perdían el rumbo.

Las familias de Juan y Antonio Operto fueron sus vecinos y en ese sector también las condiciones generales se dieron en amplia medida como para que la ganadería alentara a los primeros colonos con sus resultados favorables.

Se sabe del tránsito de algunos nativos por el predio de Juan B. Geuna, que sumisos solicitaban agua y continuaban su camino. La contención de la población indígena, mediante los fortines militares, fue efectiva en ese tiempo y por el sector noreste de Rafaela ya jamás corrieron peligro por avances, asaltos o robos.

La vida de este poblador de la Colonia Rafaela se desarrolló dentro de un ámbito de trabajo constructivo. Su honestidad era proverbial recordándose que su palabra suplía a cualquier documento.

Así fueron los primeros hombres de Rafaela: trabajadores, sobrios, buenos administradores de sus haciendas, ejemplos sin tacha para sus descendientes.

*

Mientras el campo se iba poblando y la Colonia Rafaela era una realidad, el pueblo aglutinaba a hombres fuertes y dispuestos a vencer, también, las dificultades en la naciente población donde todo faltaba al principio.

Para que los colonos no tuvieran que ir a buscar sus artículos de primera necesidad a Pilar, Esperanza o Santa Fe, era necesario que se instalara la primera casa de comercio. Para cubrir esta necesidad arribó Juan Zanetti.

De San Giovanni Bianco, la pintoresca región de Bérga-

mo, en la Lombardía, donde nació en setiembre de 1851, llegó Juan Zanetti a la Argentina, el país de la esperanza, involucrando en el común denominador de América, la tierra dorada.

Era un muchacho de escasos 13 años cuando arribó al puerto de Buenos Aires atraído por un llamado de su hermano mayor que se hallaba radicado en Esperanza.

En Italia habían quedado José Zanetti, su padre y doña Catalina Angeloni, su madre, que lo vieron partir en medio de un silencio poblado de temores, de ideas encontradas, de dudas.

Llegó el niño a Esperanza donde trabajó sin tregua en una panadería. El muchacho crece y comienza a entender que hay posibilidad de avanzar en la vida, progresar y llevar progreso. Así se decide a conocer Pilar, donde trabaja solo primero y luego asociado con Vionnet, un comerciante del lugar de gran visión. Se vivían los años de 1870 a 1879.

Fue entonces cuando conoció a Guillermo Lehmann, quien le trasmite su ansiedad por extender los beneficios de la colonización y le propone trasladarse a un lugar situado más al noroeste: Rafaela.

Ya contaba con 31 años de edad cuando conoce a Teresa Ingaramo, hija de Bartolomé Ingaramo y de Dominga Mottura. Era una joven nacida en Italia, en una pequeña localidad de la provincia de Cúneo, en 1860. Formó el hogar con ella, en Pilar, en el año 1882 y poco a poco el matrimonio fue dando a la vida 13 hijos.

En Rafaela, en el ángulo sudeste de la plaza, construyó su rancho de barro amasando con impaciencia la nueva tierra.

¡Trabajar en América! Los planes se iban cumpliendo excediéndose sus proyectos ya que tuvo la oportunidad de trabajar al lado del colonizador de tierras, Guillermo Lehmann. A su lado y viendo cómo se desarrollaban las operaciones comerciales, medía con cadenas los terrenos que iba vendiendo Lehmann.

Siempre que Guillermo Lehmann llegaba a la incipiente Colonia de Rafaela, desde Esperanza, participaba de la mesa familiar de Juan Zanetti, según recuerdan sus descendientes.

Mientras la conversación se desarrollaba en la quietud del hogar, podíase apreciar muy bien a Guillermo Lehmann como hombre afable, correcto, de buenos principios. También a Guillermo Lehmann como empresario de la colonización, del que se decía que era un hombre de carácter, rígido en el cumplimiento de sus compromisos, solidario con el colono, comprensivo y consecuente. Sólo una promesa no pudo cumplir en este ámbito familiar de los Zanetti porque cuando se alejó de estos lugares, ya en marcha su empresa colonizadora, nunca más regresó. Le había prometido a Juan Zanetti que cuando naciera el primer rafaélino del sector denominado "plaza", vale decir, en lo que más adelante sería el radio urbano de Rafaela, le entregaría como obsequio, una cuadra de terreno y una medalla de oro.

El primer niño nacido en Rafaela Plaza entonces, fue Juan José Zanetti. Vio la luz del mundo el 6 de agosto de 1883. Éste fue registrado en Pilar y bautizado en Esperanza, siendo sus padrinos Alejandro Zanetti y Rosa Buffelli, residentes en Esperanza, aquél hermano de Juan y ésta, su cuñada.

Con poca diferencia de tiempo nacieron en el mismo rancho las hijas Catalina y Dominga, la primera bautizada en Santa Fe y la segunda en Esperanza.

Una de las tres manzanas que compró a Guillermo Lehmann la vendió después a Antonio Micheli. Mientras tanto su negocio prosperaba en el tráfico de mercaderías que traía de Pilar y de Esperanza y que eran adquiridas luego por los colonos que trabajaban en el campo.

En el mismo negocio tenía una estafeta postal habilitada por la Dirección General de Correos, por gestión de Guillermo Lehmann. Fue el primer correo de esta zona, que llevaba la correspondencia de Rafaela a Pilar para que de allí pasara a Esperanza y luego a Santa Fe. Su primer vecino fue José Dona, recién casado, quien luego se hizo cargo de la estafeta y de la mensajería hasta Pilar.

Como todas las actividades comerciales marchaban bien, Juan Zanetti construye la casa de material en lo que es hoy calle Belgrano casi esquina Saavedra y allí instala a su fami-

lla. Casi al mismo tiempo compra cuatro concesiones en la Colonia Presidente Roca, donando un pedazo de terreno para el desvío que necesitaba la Empresa del Tranvía a Vapor, para dejar los vagones donde se debía acumular el trigo de las primeras cosechas. Desde este hecho el lugar se conoce como "Desvío Zanetti".

Mientras se halla en "Desvío Zanetti", se entera que cierta cantidad de dinero le había correspondido como herencia de los bienes de sus padres. Pero era necesario ir a Italia para cobrarla. A la invitación que le hiciera a su esposa, Teresa Ingarano, para viajar al viejo continente, ella respondió asustada: "No quiero cruzar otra vez el mar". Fue entonces cuando Eduardo Ripamonti, hermano soltero y mayor que Faustino Ripamonti, un gran amigo y conocedor de todos sus negocios, viajó a Europa trayéndole al tiempo, la herencia que le había correspondido.

Juan Zanetti y Faustino Ripamonti fueron compañeros en sus horas de jolgorio y cuando cortejaban a las niñas, antes de formar sus respectivos hogares, juntos, llevaban bizcochitos a las mozas. Se entendían muy bien y es así como ya deseoso de contemplar el campo de la zona y trabajar a pleno aire, vende su primer negocio a Ripamonti en 1887.

Siguiendo la historia de una de las primeras familias de Rafaela, comprobamos que los cimientos de nuestra comunidad fueron fuertes y sanos.

A la firme unidad de la pareja humana, siguieron los hijos nacidos en un clima de normal desenvolvimiento. En Roca nacieron María Margarita, en 1890, Juan de la Cruz, en 1891 y Teresa, en 1893, a dos leguas de la Plaza, en el desvío que lleva su nombre.

En Rafaela, cuando en 1888 es designado el primer cura con efectividad, el presbítero Francisco Palmieri, además de atender los servicios de la Iglesia, recibe pupilos en un local de lo que es hoy calle Colón y allí concurre el hijo mayor de Juan Zanetti ya que el primer comerciante de Rafaela, vela por la educación de sus hijos, pese a la precariedad del momento que le toca vivir. Se recuerda a Joaquina Pérez, maes-

tra argentina, que en la casa de Bartolomé Podio da sus clases de una manera metódica y regular. Por cada educando cobraba de \$ 3 a \$ 4 por mes. A sus clases concurren Catalina y Dominga Zanetti.

Todos los hijos de Juan Zanetti asistieron a la escuela; su preocupación en ese sentido fue permanente. Es así, como al llegar las primeras religiosas a Rafaela, en 1898 e inaugurar el curso lectivo en marzo de 1899, Dominga y Margarita Zanetti, fueron integrantes del primer grupo de la escuela de las Hermanas de la Misericordia.

Mientras la familia crecía y se educaba en Rafaela, Juan Zanetti desarrollaba actividades comerciales en un negocio establecido en Colonia Roca, a dos leguas del desvío de su nombre; atendía las labores del campo dedicándose a ganadería y agricultura; sembraba y cosechaba lino, alfalfa y trigo, especialmente.

El espíritu inquieto de Zanetti, su fortaleza moral y física, lo llevó a vender el segundo negocio establecido, a Pedro Bertini y el campo, con animales y accesorios, a Eberhardt, de San Jerónimo. Su casa, su familia y sus intereses lo esperaban en la Colonia Rafaela donde continuó bregando por el progreso de la tierra querida por Lehmann. Allí siguió creciendo la familia hasta su 13º hijo. Los varones concurren a la escuela de Guido Sala, a las de Agustín François, Alemán, Buttazoni y Cossettini.

Su dedicación a las incipientes instituciones de Rafaela le llevaron a participar de una manera activa en todos los sectores de la Colonia. Así es como se preocupó desde su cargo en la Comisión de la Iglesia de que una hermosa imagen de la Virgen presidiera la vida de Rafaela. Sugiere sea traída de Italia, la Virgen del Carmen. Esta imagen, que aún se conserva en el Museo Histórico, mantuvo la veneración de los fieles desde un pequeño altar de madera, muy estrecho y de líneas muy simples.

Fue Bartolomé Podio, otro de los activos vecinos de Rafaela, quien concretó el deseo de los primeros habitantes, trayendo la imagen desde aquel país europeo que los inmigran-

tes nunca pudieron olvidar. La Virgen del Carmen llegó muy protegida por suaves paños rosados, cuentan los descendientes de Juan Zanetti. Vino de Italia como una mensajera de afectos lejanos, como una intérprete de nostalgias familiares, muy gratas al corazón de los que la habían dejado tanto tiempo atrás. La recepción fue magnífica y la imagen tuvo como padrino al Gobernador de la Provincia, pero hubo una decepción ya que la esposa del mandatario no se desempeñó como madrina, como era el deseo de los vecinos. Fue en 1885 y Margarita de Lorenzatti debía ocupar ese lugar, pero las circunstancias determinaron entonces que una mujer del pueblo, cuyo nombre permanece ignorado para la historia de la colonia, fuera la madrina de la primera imagen religiosa, llegada desde tan lejos.

Las deudas que contraía la Comisión de la Iglesia crecían y Juan Zanetti hizo frente a las mismas vendiendo un cuarto de manzana de su propiedad, ubicada en la actual calle Belgrano, esquina Sargento Cabral. Y "que se quemem los libros", fue la orden, para que ninguna sombra quedara de la administración de los bienes de esa Comisión de la Primera Iglesia de Rafaela.

Pedro Sphar, Nicolás Caciolo, Biava, Bertini, Signorelli, Soldano y muchos más fueron sus vecinos y amigos. Con ellos inició la marcha de Rafaela dando forma al sueño de Guillermo Lehmann de colonizar, construir, crear, avanzar. ⁽⁵⁾

*

Se puede afirmar que Guillermo Lehmann fue colonizador y no simplemente un comprador y vendedor de tierras, como otros de sus contemporáneos, puesto que se mantenía atento a las necesidades de las colonias que iba creando.

Leyendo a Gabriel Carrasco en su estudio sobre los "Intereses Nacionales de la República Argentina", que abarca temas tan importantes como el de la colonización e inmigración,

(5) Los datos fueron proporcionados por su hijo Domingo Zanetti.

confirmamos todo cuanto hemos recogido de boca de los descendientes de fundadores y colonizadores. Al hacer referencia a un discurso del Dr. Avellaneda, quien siendo Presidente de la Nación visitó las Colonias en 1879, destaca como algo trascendental su expresivo concepto: "El pan es civilización".

Por estas Colonias, el pan o la harina para ser más precisos, era la preocupación mayor y adquirirla significaba casi el equivalente de poseer una joya. Recordemos que no se conocía el pan en estas tierras del gaucho errante; cuando el hambre lo apremiaba, bajaba de su caballo, mataba una res y se saciaba con una enorme cantidad de carne.

Eran tiempos en que la harina blanca se importaba de Francia, de Alemania y de otros países productores; nuestros primeros colonos debían traerla desde Santa Fe, Esperanza, Pilar. Se recuerda que los carros llegaban cargados de harina y a la menor amenaza de lluvia, eran las bolsas de ese apreciado elemento, las que se protegían debajo del medio de transporte, antes que las propias personas.

El trigo comenzaba a producirse en la Colonia Rafaela y era indispensable que ésta tuviera su molino. Los pasos progresistas se daban con seguridad y el pan, como lo señaló Avellaneda, intervenía de una manera preponderante. El nativo ya podía comer galletas con la carne asada y el europeo podía darse el lujo de comer pan y tallarines, como en su tierra.

Guillermo Lehmann, hombre culto y conocedor de todos los factores que hacen al avance de una comunidad, tuvo en cuenta esa necesidad para Rafaela e interesó a Pedro Avanthay para que instalara el primer molino harinero.

El boleto respectivo, en su artículo 1º dice: "Don Guillermo Lehmann vende a D. Pedro Avanthay y Luis Eyssartier, los cuatro solares a, b, c, es decir la quinta entera, N° 4, del Plano General de la Colonia, Pueblo Rafaela, compuesta de 90 por 220 varas superficiales, por la suma de cuatrocientos pesos en argentinos sellados, pesos moneda nacional, oro, pagaderos por terceras partes, en los plazos siguientes: primer plazo que vence el 1º de marzo de 1885; segundo plazo que

vence el 1º de marzo de 1886 y tercer plazo, el 1º de marzo de 1887”.

Otro Boleto, que lleva el N° 2277 y que se formalizó el 4 de diciembre de 1885, da cuenta de la compra que efectúa Pedro Avanthay e hijos, de la concesión 248, entera, del Plano General de la Colonia Rafaela y la mitad de la concesión septentrional N° 249, 20 cuadras y 10 cuadras, respectivamente.

Guillermo Lehmann le vende, también, la quinta N° 4 entera, de Rafaela Pueblo.

El Boleto N° 2276 informa de las medidas y el precio pagado: 90 varas por 208 varas compradas por \$ 200 argentinos.

El molino a vapor, instalado con el “sistema moderno”, giraba bajo el rubro de Avanthay e hijos, en la Colonia Rafaela. El sello usado en sus papeles comerciales ostentaba el dibujo de una estrella y debajo de sus puntas inferiores podía leerse la palabra “amistad”.

Los que pudieron visitarlo dejaron la información para la historia, que desde 1883 comenzó a funcionar el molino, con 35 caballos de fuerza. Se aplicaba el sistema suizo y la maquinaria poseía 7 pares de cilindros de ese sistema y uno del sistema húngaro. La actividad en los primeros tiempos fue muy intensa pues se dejó constancia que a poco de instalarse molió 38.000 bolsas de 8 arrobas cada una. El precio era de \$ 6 la fanega y el vendedor debía aportar la bolsa cuyo valor era de \$ 0,15.

Los colonos acudían al molino a vapor de Pedro Avanthay y el negocio prosperaba. Que era evidente el progreso de este vecino de Rafaela, lo testimonian los documentos que dan cuenta de la compra de otros terrenos, ya sea en el pueblo como en la colonia. Una carta fechada en Buenos Aires el 18 de junio de 1885, que se conserva, con firma y conformidad de Guillermo Lehmann dada en Esperanza, ratificaciones de testigos y sellado de ley, ilustra acerca de la transferencia de otras tierras que le hace Courthial a Pedro Avanthay.

“Por la presente autorizo al Sr. Pedro Avanthay para que con el consentimiento de Guillermo Lehmann se haga la transferencia de los Boletos N° 1541 y 1558, que abandono en toda

propiedad, al señor Avanthay, así también como lo edificado y lo plantado en dichos terrenos. En pago de estos mismos terrenos, casa, etc., el Sr. D. Pedro Avanthay retirará del Banco el pagaré, valor \$ 400 con los descuentos y q intereses que hubiera, a más los \$ 150 con los intereses y en las condiciones que especifican los boletos. A más el Sr. Avanthay pagará la cantidad de cincuenta pesos nacionales por el alambre y cerco que está en el terreno". Más abajo se agrega, "recibido los cincuenta pesos arriba mencionados".

Mientras el progreso personal se acentuaba, el servicio que prestaba a los colonos era muy grande. Al mejorarse las condiciones de vida en la Colonia y al disminuir la cuota de sacrificio en el medio, los colonos piensan en interesar a otros parientes que quedaron en Europa para que arriben a este país donde abunda la tierra y con la evolución, también la harina y el pan.

Un sistema ideado por Guillermo Lehmann, al adelantar el importe de los pasajes da impulso a la inmigración, circunstancia que en conjunto importa un beneficio de gran trascendencia social. La familia de colonos ve aumentar su ayuda para el trabajo con los parientes en los cuales confía y la comunidad crece y adquiere cada día más importancia.

Pedro Avanthay colabora en toda acción de bien público en la incipiente Colonia. Su instrucción le permite testificar acciones legales y actuar en organismos esenciales de toda comunidad en formación. Fue presidente de la Comisión de Fomento en 1885.

A la formación de la sociedad suiza "La Unión" contribuyó Pedro Avanthay con acendrado patriotismo por el país que le vio nacer y con su fervor hizo que sus hijos amaran tanto a Suiza como a su patria. Una carta de su hijo José enviada al presidente de la Sociedad Suiza de Rafaela, en 1929, muchos años más tarde y a raíz de un pagaré que el padre y los hijos Avanthay firmaran por un mil pesos moneda nacional, expresa en uno de sus párrafos: "Si todos los socios aportaran lo que hice yo que soy argentino, hijo de suizo, podría

la sociedad estar orgullosa de sus asociados y el pueblo de Rafaela tener un edificio que aportara los beneficios que ella propone hacer".



José Vaschetto fue el panadero que la Colonia ya necesitaba. Con su esposa, Antonia Truccone, llegó a Rafaela, en agosto de 1886. Procedía de Torino (Italia), donde había nacido el 23 de setiembre de 1853. Llegó con una familia ya integrada con cuatro hijos —que en América se aumentó con ese mismo número— y resolvió llevar a cabo lo que se propuso al partir de Italia: buscar un destino más auspicioso para el grupo familiar.

Desde Italia llegaron a Armstrong y desde allí, viajando en carros, junto a catorce familias más, que se fueron quedando en otras colonias, arribaron a Rafaela, después de cuatro o cinco días de penoso andar.

Lucía Vaschetto, dueña de una prodigiosa memoria casi a los noventa años, recuerda el suceso cuando ella, niña pequeña, integraba la caravana. Los antepasados de la familia Alemandi siguieron con ellos hasta Rafaela. Hacía mucho frío; el cansancio que produjo un viaje tan largo e incómodo, dejó una huella profunda en su memoria.

En el largo trayecto muchas veces hubo amagos de ataque de parte de los gauchos rebeldes; era el momento en que se hacía un enorme círculo con los carros, se colocaba la hacienda en el medio y todos los hombres quedaban a la defensa de sus pocos bienes y de sus familias. Eran situaciones de angustia que compartían las mujeres y los niños.

En una de esas jornadas, recuerda Lucía Vaschetto, que llegó azorado un joven, no se sabe de qué rincón perdido en la pampa, pidiendo ayuda urgente ante la nueva amenaza del gauchaje que el año anterior había dado muerte a su padre. Relata Lucía Vaschetto que un grupo de hombres acudió al llamado mientras el resto reforzaba la guardia en el improvisado campamento. No hubo lucha entonces porque los agresores al

ver al grupo defensor muy armado, huyeron perdiéndose en la noche.

Todos los relatos que han llegado hasta nuestros días, confirman las dificultades y los temores que tuvieron que vencer los primeros pobladores, y a la vez la gran fuerza de carácter y el ejemplar espíritu de lucha del que hicieron gala en todo momento, razones por las cuales Rafaela tuvo vida y continuó con decisión su desarrollo.

José Vaschetto instaló la panadería que necesitaba la Colonia y lo hizo en lo que hoy denominamos Avda. Lehmann y esquina Ernesto Salva. El molino harinero estaba ubicado a pocos metros de su negocio, sobre la avenida Lehmann. El progreso de la pequeña industria fue real pues José Vaschetto pudo, de inmediato, adquirir terrenos y concretar sus aspiraciones.

Toda la Colonia Rafaela presentaba un aspecto de campo abierto pero el paisaje ejercía una benéfica influencia en el ánimo de los primeros pobladores.

Hasta que comenzó a llegar el ferrocarril Santa Fe y era un gusto verlo entrar a la estación, desde la casa de la familia Vaschetto, ubicada en el boulevard Lehmann. En febrero de 1886, el ferrocarril Santa Fe llegaba sólo hasta Pilar y merced a las gestiones anteriores de Guillermo Lehmann, la Colonia Rafaela ya podía enorgullecerse de poseer también ese factor de progreso.

Muy pronto José Vaschetto se incorporó al núcleo de italianos, que con el fin de evocar la tierra de su nacimiento, fundara la Sociedad Italiana "di Mutuo Soccorso", como reza el acta del 16 de junio de 1890. En la institución ocupó varios cargos de responsabilidad: presidente interino, vice-presidente, tesorero, etc.

Su esposa, Antonia Truccone, también actuó en favor del pueblo y sus instituciones benéficas, por lo que el nombre Vaschetto ha quedado con justicia grabado en la historia de Rafaela.

Guillermo Lehmann interesaba a los hombres que podían ser útiles a la población que iba formando. Rafaela necesitaba un carpintero, especialmente para que construyera las puertas y ventanas de las casas que se estaban levantando.

Juan Soldano respondió a sus deseos y llegó con los primeros colonos, aunque él traía otra misión, como dijimos. Geuna, Beltramino, Storero, Mainardi, Chiaraviglio, Olivero y otros, ocuparon los campos que les vendiera Guillermo Lehmann. Soldano, aunque también tuvo tierras, se quedó en el pueblo, que casi no tenía casas.

Lehmann le había otorgado, por Boleto N° 2570, dos solares marcados con los Nros. I y III, de la Manzana 38, con una superficie de 100 varas de N. a S. por 50 varas de E. a O. El precio acordado fue de \$ 82,50 oro acuñado y la firma del Boleto se legalizó el 24 de julio de 1886, aunque ya era propietario desde 1881. En otro Boleto anterior, el N° 1.538, Juan Soldano figuraba con Santiago Fabella y esa primera operación tuvo lugar el 26 de noviembre de 1884, según consta en los archivos de la Empresa Colonizadora existentes en el Museo Histórico de Rafaela.

Había nacido en Villafranca. En busca de mejores horizontes llegó a la República Argentina, trasladándose a Pilar, donde se ocupó en el molino de Vionnet, de esa población, en el año 1778.

Estaba casado con Francisca Storero. Su esposa, que residía en Susana, al arribar sus padres al país, había nacido en Pessina, cerca de Pinerolo. En 1880 se casaron en Pilar y en 1881 establecieron su hogar en Rafaela. De esa unión nacieron 8 hijos.

La primera carpintería de Rafaela estuvo ubicada en la esquina que hoy conocemos como Rivadavia y Colón, pues esa manzana era suya. Juan Soldano realizaba todos los trabajos que se necesitaban con urgencia en la colonia y en el pueblo. Trabajaba incansablemente construyendo aberturas para las viviendas, muebles y todo objeto de madera. Además afilaba rejas para arados y construía ataúdes.

Juan Soldano sabía latín y tenía muy buena voz, de ma-

nera que el Padre Francisco Palmieri, al conocer sus virtudes, le entusiasmó para que cantara en la Iglesia. Muchos años vivió al lado de la parroquia, sobre calle Belgrano y como su casa tenía acceso a las dependencias de la iglesia, se ocupó de los múltiples menesteres del culto, desde ensayar con el coro religioso hasta armar catafalcos para los entierros. Conocía detalles de la liturgia pues había hecho algunos cursos del seminario en Italia.

En Rafaela todos le conocían, distinguiéndole por sus condiciones para la artesanía y el buen canto. Trabajando y ahorrando logró comprar otra manzana en lo que es hoy calle 9 de Julio y Necochea, donde instaló su carpintería, con anexo de herrería y trabajando hasta muy avanzada edad.

Vivió hasta los 78 años mereciendo siempre el respeto de todos los vecinos.

En ocasión de la declaratoria de ciudad de Rafaela, el Gobernador Manuel Menchaca departió con él en la mesa tendida para la celebración. A los pocos días, Juan Soldano recibió una nota destacando el suceso, del propio Gobernador y que aún se conserva. Dice textualmente lo siguiente: "El Gobernador de Santa Fe, Manuel Menchaca tiene el agrado de saludar al Sr. Juan Soldano y manifestarle su viva satisfacción por el brillo y entusiasmo en los festejos de Rafaela Ciudad, como igualmente por haber tenido el placer de conocer y vincularse a los primeros fundadores de ésta, hoy progresista población que como Ud., fueron los verdaderos "pionners" del adelanto agrícola de esta provincia. Despacho, febrero 8 de 1913". (6)

*

La Colonia necesitaba un médico. Guillermo Lehmann sabía que era demasiado el sacrificio que hacían los primeros colonos para llevar a sus enfermos hasta Pilar o Esperanza.

Al conocer al Dr. Nicolás Caciolo y saber de sus aptitu-

(6) Documento suministrado por sus hijos María y Eduardo Soldano.

des profesionales y de sus condiciones humanas, le interesó para que se radicara en Rafaela.

Mientras ejercía su profesión y habiendo pocos pobladores al principio, representó a Guillermo Lehmann en algunas operaciones de compra y venta de tierras. El propio colonizador le hizo nombrar Juez de Paz de Rafaela y Pte. Roca en el año 1885. De ese año datan los Boletos Nros. 2281, 2208 y 2218 correspondientes a la adquisición de las quintas Nros. 15 y 16 y la manzana N° 21, a la Empresa Colonizadora.

El Dr. Caciolo había nacido en Italia. En algunos documentos su apellido aparece escrito con el agregado de otras letras. Era hijo de Ferdinando Casciuolo y de Libera Donatelli. En su título figura como Nicola Casciuolo pero es posible que luego él mismo realizara los trámites pertinentes para que en el país, legalmente, fuera Nicolás Caciolo.

El 17 de abril de 1861 recibe su título de Doctor en Medicina en la "Neapolitana Studiorum Universitas". El mismo, que se conserva en el Museo Histórico de Rafaela, está concebido así en su encabezamiento: "Victorius Emmanuel - Italiae Rex. Nos Rector et Facultas Medicinae - Joseph De Luca". Con la firma auténtica del Rector De Luca se acuerda a Nicolás Caciolo (Nicola Casciuolo) en la Comuna de Montagano el diploma de Licenciado en la Facultad de Medicina y luego de Doctor en esa disciplina, como se consigna más arriba.

En la Colonia Rafaela actuó en todas las actividades de bien público destacándose en la organización de la Sociedad Italiana, de la que fue fundador y primer presidente en 1890. Por su dinamismo e inteligencia, fue designado varias veces por sus connacionales para que ocupara ese cargo en la institución.

Rafaela siempre recordará a su primer médico, quien solícito y diligente acudía a visitar a los enfermos del pueblo y de la Colonia en un modesto coche tirado por un paciente caballo.

Guillermo Lehmann le conocía. Era el hombre responsable, honrado, cumplidor, que Rafaela necesitaba para que su población estuviera comunicada con Pilar y otras poblaciones. José Dona, italiano, radicado al llegar al país en Pilar y luego en la Colonia Rafaela. Aquí le compró a Guillermo Lehmann, según Boleto N° 2259 del 12 de noviembre de 1885, una quinta grande, señalada con el N° III, en \$ 600. Después una manzana, la N° 24, en lo que se conoce hoy por Av. H. Irigoyen. Este Boleto lleva el N° 1802 y se conserva en el Museo Histórico de Rafaela.

En setiembre de 1885, el Juez de Paz, Pedro Pfeiffer, se dirige al Gobierno puntualizando la necesidad del establecimiento de una mensajería, a falta de correo y de ferrocarril, señalando el itinerario conveniente, es decir, que partiendo de Clucellas, llegara a Rafaela pasando por Colonia Iturraspe y Susana.

En los Archivos de la Provincia se encuentra la información de que en aquella época se solicitaba una subvención de \$ 30 para efectuar dos viajes semanales, llevar la correspondencia, reservando un pasaje gratis para trámites oficiales. Años antes José Dona estableció su diligencia con la que prestaba un servicio muy importante, especialmente desde Rafaela a Pilar y Esperanza.

En los años primeros, 1882 y 1883, hasta llevaban los cadáveres en esa diligencia, a Esperanza pasando por Pilar.

Al establecerse el ferrocarril, José Dona ya fue dejando ese servicio para dedicarse al transporte de pasajeros con coches de plaza en los límites del pueblo.

Fue un hombre probo, trabajador, padre de trece hijos rafaelininos.



Valentín Kaiser fue el hombre de confianza de Guillermo Lehmann y cuando aun el gobierno no había designado oficialmente a las autoridades, Valentín Kaiser imponía disciplina y era prácticamente el comisario de la Colonia.

Había nacido en Alemania y atraído por las noticias que llegaban de América, llegó a la República Argentina, donde al afincarse en San Jerónimo, tuvo ocasión de conocer a Guillermo Lehmann, estableciéndose entre ellos una sólida amistad. Interviene en los negocios de la Empresa Colonizadora y realiza ventas provisorias, con autorización de Guillermo Lehmann, de los campos de Roca, Torres, Mesquita y Muñiz. En la Colonia Rey Umberto, por ejemplo, vende 12 concesiones a José Neyret y José Gaud, según Boleto del 13 de julio de 1885; a José Piacenza, vecino de Susana le vende 4 concesiones de la Colonia Rey Umberto y a Bautista Masolini, de Lehmann, también le vende 4 concesiones en 1.600 pesos moneda nacional oro acuñado.

Desde Esperanza, Guillermo Lehmann le trasmite las órdenes, mediante la diligencia, el chasque o la mensajería, convencido de que Valentín Kaiser las cumpliría con toda formalidad y celo.

Hombre de apariencia imponente, supo hacer valer su autoridad cuando intervenía para administrar justicia o cuando empuñaba las armas para correr detrás de la indiada. El caballo de su preferencia, de frente blanca, llamado "Pampa" era muy conocido en la zona. Caballo y arma o "Pampa" y "Wetterling" fueron sus compañeros inseparables y su estampa, junto a esos elementos, configuraron la imagen que de él ha quedado para la posteridad.

Estaba casado en primeras nupcias con María Pifiguer, con la que tuvo tres hijos varones y tres mujeres. María era suiza de nacimiento y al llegar a estas tierras, a los 12 años, pudo adaptarse fácilmente a la nueva vida, en el nuevo país, a pesar de ser tan distinto al suyo, en extensión y en topografía. Pero siempre recordaba a aquel barco de vela con el que atravesó el mar en 69 días.

Kaiser y Lehmann alternaban como buenos amigos y en una oportunidad, éste le quiso vender una legua de terreno en el sector norte de Rafaela, con todas las facilidades inimaginables pero aquél no aceptó. (7)

(7) Datos proporcionados por su sobrino Ignacio Pifiguer.

Cuando Valentín Kaiser enfermó, Guillermo Lehmann se interesó por su salud. En una carta del 6 de agosto de 1883, que el colonizador le envía a Máximo Ghione, le expresa: "Sé que Valentín ha vuelto a Rafaela pero que siempre sigue enfermo. Yo le mando hoy una dosis de "Yaborandi" que es el sudorífero por excelencia que conozco. Desearía que Ud. fuera a verlo y le aconsejara seriamente lo que debe hacer; porque según comprendo es cosa seria la enfermedad que se está por desarrollar y conviene que él tome las medidas a tiempo. Debe atender su salud aunque le cueste. No sería demás que Ud. le llevara un cáustico en el caso de que se agravara su estado".

A su compadre Pedro Pfeiffer, Guillermo Lehmann le expresa también su preocupación por Kaiser, en una carta que le envía el 8 de agosto de 1883: "Es necesario que Ud. le aconseje a Valentín que se cuide porque de lo contrario le va a pasar lo que a mí. En el sobre grande va una dosis del mejor remedio que hay para andar, pero es necesario que cuide cama para no volver a resfriarse después. Ghione entiende un poco de medicina. Entre los dos deben aconsejarle a Valentín sobre lo que debe hacer para recuperar la salud y para este fin no debe mezquinar nada, pero que peor sería si no se atendiera".

Valentín Kaiser se retiró de toda actividad por razones de salud, radicándose en los últimos años en San Guillermo donde falleció y fue sepultado.

*

Luis y Domingo Maggi, compraron la concesión N° 247 de la Colonia Rafaela.

El Boleto 2347 lo confirma. En el Pueblo Rafaela, Luis Maggi y Cia. adquiere dos solares en la Manzana N° 19. El Boleto N° 1539, del 26 de noviembre de 1884 es testimonio de esta compra. El terreno tenía 45 varas de frente al sur por 90 varas de fondo.

Luis Maggi llegó a Rafaela en 1885 y se estableció en el pueblo, siendo el segundo comerciante que tuvo la población.

La casa de comercio, de ramos generales, estaba ubicada en un ángulo de lo que es hoy plaza "25 de Mayo", en el que forman las calles Rivadavia y Colón. La firma comercial giraba bajo el rubro Maggi Hnos. y Manetti.

También le interesó el campo. Por eso adquirió dos cuadrados —264 Has.— a Guillermo Lehmann y se dedicó a la agricultura con espíritu de empresa, contribuyendo a la prosperidad y engrandecimiento de la zona.

Luis Maggi había nacido en Pietramarazzi, Alesandria (Italia), el 12 de setiembre de 1842. Llegó al país en 1872, después de haber participado en las luchas de la independencia de Italia, desde 1866 a 1870.

Poco antes de embarcarse rumbo a América contrae enlace con Lucía Conti. Ella, joven de 15 años, fue una magnífica compañera y colaboró en el campo realizando las más pesadas tareas. Once hijos tuvo el matrimonio y todos crecieron bajo el amparo de la bandera del nuevo país.

Los descendientes de Luis Maggi le oyeron relatar hechos de los colonos que llegaban al pueblo armados de escopeta y que aprovechando los patos silvestres que bajaban a una laguna donde actualmente se encuentra la Catedral, los mataban, ufanos, por obtener algún producto de caza para la mesa familiar. De otro suceso del que se enorgullecía Luis Maggi, era el de haber conseguido que Antonio Podio donara el terreno para el cementerio de Rafaela, con lo cual el mismo toma jurisdicción y dominio comunal. Como era norma que en casi todas las nuevas poblaciones los cementerios pertenecían a la curia, la actitud de Luis Maggi provocó la reacción del cura párroco Francisco Palmieri, quien le canceló al prestigioso vecino el derecho de ocupar el banco en la iglesia, expresamente reservado para las familias más importantes. Era costumbre que cada familia adquiriera su banco el que en la parte superior ostentaba el nombre marcado con tachas de bronce. Por este episodio, Luis Maggi se alejó de la iglesia y como su fe religiosa era profunda, buscó un nuevo cauce abrazando el protestantismo.

Luis Maggi tenía instrucción. La había recibido en su tie-

rra natal pero la acrecentaba aquí dedicando su tiempo disponible a la lectura. En sus ratos de ocio leía versículos de la Biblia que interpretaba cabalmente y transmitía a su esposa e hijos mayores, según recuerda su nieta, Delia Maggi de Therisod.

No perdía contacto con los acontecimientos de su tierra natal ni con la que se sucedían en este país, pues era lector asiduo de periódicos escritos en la lengua del Dante. Hablaba correctamente el italiano además del dialecto "alesandrino". En su patria había peleado a las órdenes de Giuseppe Garibaldi a quien acompañó en las luchas por la unidad de Italia, que se concretó en 1870. En Rafaela y Esperanza formó el grupo de fundadores de la Sociedad Italiana.

Por su cultura y su sensatez al emitir opiniones, era entrevistado por personas de relevancia. Pastores protestantes lo visitaban en su chacra.

Guglielmo Ferrero, historiador y escritor italiano, autor de "Grandeza y decadencia de Roma", visitó la chacra de Luis Maggi, y allí conversó con él interesándose por la vida de los colonos italianos establecidos en esta zona.

De esta calidad humana fueron los hombres con los cuales Rafaela inició su historia de próceres agrarios.

*

En el Plano General de la Colonia Rafaela, puede leerse el nombre de Carlos Ercole sobre las 16 concesiones situadas al norte del pueblo, lindando con las de Juan Bautista Manera, Juan Operto, Pasamonte y Gialebra. Las concesiones llevaban los números 85, 86, 101, 102, 87, 88, 103, 104, 53, 54, 69, 70, 55, 56, 71, 72 y según el Boleto N° 44, había abonado por ellas \$ 4.000. Las tratativas habían comenzado en Pilar en 1881, directamente con Guillermo Lehmann, que a la sazón interesaba personalmente a los colonos italianos para que compraran en Rafaela.

Carlos Ercole había nacido en Pavia, lugar de la Lombardía, en Italia y allá se dedicaba al cultivo de la tierra. Tenía

formado su hogar con tres hijos de una primera esposa italiana. Casado en segundas nupcias con María Montagna y ya con seis hijos más, decidió espontáneamente trasladarse a América.

Llegó a Santa Fe con su familia completa y de allí viajó a Pilar. Alternó con Guillermo Lehmann y supo de sus sueños de colonizador, lo comprendió y con su abnegada compañera, resolvieron continuar hasta la Colonia recién trazada que había que poblar.

Por la compra importante que le hizo a la Empresa Colonizadora de Guillermo Lehmann, se había hecho acreedor a la manzana que regalaba en el corazón del mismo pueblo. El Boleto N° 1881 legaliza esta operación obsequio, el 15 de mayo de 1885. Le correspondió, en consecuencia la manzana frente a la plaza principal, donde pocos años después se construiría la iglesia, cuyo terreno debía ceder, según lo convenido con Guillermo Lehmann.

María Montagna y Carlos Ercole trabajaron con ahinco en esta nueva tierra y sentían gran estimación por Guillermo Lehmann que había posibilitado la posesión de terrenos fértiles y la profunda satisfacción de sentirse dueños de la tierra que trabajaban. Tuvieron tres hijos argentinos y todos continuaron la misión colonizadora. En el campo, la agricultura primero y la ganadería después, rindieron los frutos esperados porque la tierra era tan fértil como se le había informado en la Empresa de Guillermo Lehmann. Agua, régimen de lluvia, clima y todas las condiciones naturales, permitieron una adaptación rápida y positiva a la familia Ercole como había ocurrido con los demás colonos que llegaron en 1881 y 1882. (8)

Carlos Ercole ya no volvió a Italia. Vivió y murió en Rafaela y como hombre ejemplar, de existencia correcta, dedicado al trabajo, solidario con las obras de porvenir del pueblo.

(8) Los datos fueron suministrados por su nieta, Rosa Ercole de Coppetti.